

TRANSFORMA TU CORAZÓN PARA TRANSFORMAR EL MUNDO²

La *Filocalia*, antología clásica de textos cristianos de los primeros siglos, dedicados a la oración, subraya esta paradoja impresionante: es a través del silencio como se llega a la transfiguración. “Cuando encuentres el silencio en tu corazón, descubrirás a Dios en todo el mundo”. En otros términos, la transfiguración comienza por la toma de conciencia de que Dios está en el centro de toda vida. *Rendíos, reconoced que yo soy Dios* (*Sal* 45 [46],11). Gracias al silencio, tomamos conciencia de que la gracia de Dios está mucho más cerca y puede contribuir a definirnos mucho mejor que como lo hacemos. La transfiguración del corazón es la profunda toma de conciencia de que *el Reino de Dios está entre nosotros* (*Lc* 17,21).

La transfiguración, sanación del corazón

No obstante, la transfiguración interior exige un cambio radical o, para utilizar el vocabulario teológico, la *metanoia*, que es un cambio de actitudes y de presuposiciones: no podemos ser transformados si no hemos sido primero purificados de todo lo que se opone a la transfiguración, si no hemos comprendido lo que desfigura el corazón humano.

Un proceso tal de descubrimiento de sí, no puede provenir más que de la gracia de Dios, y desemboca a fin de cuentas en un respeto auténtico de la naturaleza humana, con todos sus defectos y sus fracasos, tanto en nosotros mismos como en los demás. Este proceso prepara el camino al respeto de todos los seres humanos, cualesquiera sean sus diferencias en el seno de la sociedad y en la comunidad mundial. Gracias a la transforma-

¹ Patriarca Ecuménico de Constantinopla.

² Mensaje al Consejo Ecuménico de las Iglesias (COE) en su IX Asamblea General en Porto Alegre, Brasil, realizada del 14 al 23 de febrero de 2006, sobre el tema “En tu gracia, oh Dios, transforma el mundo”. Publicado en *La documentation catholique*, n° 2362, 16 de julio de 2006. Traducción del francés realizada por María Graciela Sufé, osb (Abadía Gaudium Mariae, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).



ción interior, esas diferencias son recibidas con alegría, respetadas y aceptadas como piezas únicas de un rompecabezas sagrado; ellas constituyen un elemento del profundo misterio de la creación maravillosa de Dios.

La transfiguración, sanación de la comunidad

La transfiguración del corazón desemboca en la sanación de la comunidad, porque la transformación es una visión relacional y compasiva. ¡Cuán lamentable es que nosotros, cristianos, disociemos a menudo espiritualidad y comunidad!

Cuando nuestros corazones son transformados por la gracia divina, vemos al mundo de manera diferente y somos incitados a obrar generosamente. Por la gracia transformadora de Dios, tenemos la capacidad de buscar soluciones a los conflictos por el camino de intercambios abiertos, sin recurrir a la opresión ni a la dominación.

Así, por la gracia divina, tenemos la posibilidad, tanto de agravar los males que sufre nuestro mundo, como de contribuir a su sanación. ¿Cuándo tomaremos conciencia de los efectos nefastos de la violencia sobre el medio ambiente espiritual, cultural y ecológico? ¿Cuándo admitiremos el carácter evidentemente irracional de las agresiones militares, de los conflictos nacionales y de la intolerancia racial, que son otras tantas manifestaciones de una falta de imaginación y de buena voluntad?

La transfiguración implica que nosotros renunciemos a la indiferencia para manifestar nuestra compasión a las víctimas de la pobreza y de la injusticia en todas sus formas. Como comunidades de fe y responsables religiosos, nosotros debemos imaginar y llevar a la práctica otras formas de obrar que rechacen la violencia y estimulen la paz. Se recordará a nuestra época por todos aquellos y aquellas que se han dedicado a la sanación y a la transformación de la comunidad: nuestro mundo será modelado por aquellos y aquellas que creen en *lo que fomenta la paz* (Rm 14,19) y lo buscan.

Esta transfiguración es nuestra única esperanza de romper el círculo vicioso de la violencia y de la injusticia, vicioso justamente porque es fruto del vicio. La guerra y la paz constituyen maneras opuestas de resolver los conflictos y, a fin de cuentas, son resultado de nuestras elecciones.

Hacer la paz es una elección del individuo y de las instituciones, al mismo tiempo que un cambio individual e institucional, que requiere, también, la *metanoía*, un cambio de orientaciones y de prácticas. Hacer la paz exige compromiso y valor; este acto demanda de nosotros la voluntad de llegar a ser comunidades transformadoras y de buscar la justicia, condición previa a la transformación del mundo.

La transfiguración, sanación de la tierra

A lo largo de los dos últimos decenios, el patriarcado ecuménico ha hecho de la salvaguarda del medio ambiente natural una prioridad de su ministerio espiritual y pastoral. La transfiguración del corazón y de la comunidad está indisolublemente unida a la sanación de la tierra. La relación entre el alma y su Creador, así como las relaciones entre los seres humanos, implican inevitablemente relaciones equilibradas con el mundo de la naturaleza.

Nuestra manera de tratarnos unos a otros, refleja nuestra manera de tratar a nuestro planeta, tanto como nuestra manera de reaccionar con los otros refleja nuestro respeto por el aire que respiramos, el agua que bebemos y el alimento que consumimos. De la misma manera, la protección que otorgamos a nuestro medio ambiente natural, revela la autenticidad de nuestra oración y de nuestra liturgia.

En efecto, cada vez que limitamos nuestra vida religiosa a nuestras únicas preocupaciones, descuidamos la vocación profética de la Iglesia de implorar a Dios y de invocar al Espíritu divino para la renovación de nuestro cosmos contaminado. En realidad, el cosmos en su totalidad es el espacio en el que se opera la transfiguración.

Cuando somos transformados por la gracia divina, nosotros podemos verdaderamente reconocer la injusticia de la que somos autores y no solamente observadores pasivos. Cuando somos tocados por la gracia de Dios, lloramos por la catástrofe que hemos causado al no compartir los recursos de nuestro planeta.

Por eso, así como la transfiguración del corazón y de la comunidad, así también la toma de conciencia ecológica mana de la gracia de Dios y exige la *metanoia*, cambio de hábitos y de estilos de vida.

Paradojalmente, llegamos a ser más conscientes de las consecuencias de nuestros actos hacia los demás y hacia la creación, cuando estamos dispuestos a renunciar a algo. Porque, vaciando nuestro corazón de nuestros deseos egoístas, le damos lugar a la gracia de Dios. La teología ortodoxa habla a propósito de esto, de *kenosis* del Espíritu.

“Aprendiendo a renunciar, aprendemos poco a poco a dar”

Por eso, la ética ascética es un elemento esencial de la espiritualidad cristiana ortodoxa: aprendiendo a renunciar, aprendemos poco a poco a dar; aprendiendo a sacrificar, aprendemos sobre todo a compartir. Pero nuestros esfuerzos de reconciliación y de transformación están a menudo trabados por nuestro rechazo a renunciar a nuestros hábitos más arraiga-

dos, tanto individuales como institucionales, por nuestro rechazo a renunciar ya sea a un consumo despilfarrador, ya sea a un nacionalismo orgulloso.

Una visión del mundo transfigurada nos permite distinguir el alcance durable de nuestras maneras de ser frente a los demás, sobre todo frente al pobre, imagen sagrada de Dios, y frente a nuestro medio ambiente natural, estampa silenciosa de Dios.